

EJERCICIO VII.

PARA EL DOMINGO QUINTO DES-
PUES DE LA EPIFANIA.



INSTRUCCION SEPTIMA SOBRE LOS SUFRIMIENTOS DE
LA VIRGEN SANTISIMA, DURANTE LA PASION DE JE-
SUCRISTO.

*Ne vocetis me Noemi (id est pul-
chram), sed vocate me Mara (id est
amarum), quia amaritudine valde
replevit me Omnipotens.*

No me llameis hermosa: llama-
me mas bien amarga: porque es
grande la amargura de que el Om-
nipotente me ha llenado. (*Rut. cap.
1, v. 20.*)

Por mas dulces que fuesen el consuelo y la alegría de la Virgen Santísima, viendo las maravillas que obraba el Salvador en la Judea y en la Galilea, la idea de su pasión y la imagen de la muerte que habia de sufrir por la redención del linage humano, estaban continuamente presentes á su espíritu, y anegaban su corazón en un mar de amarguras, como pon-

deran los santos Padres. Cuanto mas veía que se admiraba la sabiduría de su divino hijo, y se publicaban y aplaudian sus milagros, cuanto mas llenaba sus oídos la fama que Jesus adquiria en todo el país; tanto mas se afligia su corazón al considerar que su mismo Hijo, que hacia todas las delicias del eterno Padre y las suyas, habia de ser un día saturado de oprobios, y condenado á morir ignominiosamente en la cruz. Perfectamente instruida en todos los misterios de la redención, veía con amargo dolor y anticipadamente el tiempo determinado en que se habia de verificar este sangriento sacrificio. Y como el término iba acercándose cada día, así tambien cada día se aumentaba la amargura de su corazón, cada día se presentaban á su imaginación nuevas circunstancias de las que habian de acompañar la pasión del Salvador, cada día experimentaba su espíritu el tormento mas cruel.

Habiendo finalmente llegado el tiempo en que el Hijo de Dios debia ofrecerse como víctima á su eterno Padre, María pasó á Jerusalem casi al mismo tiempo que Jesus, á saber, seis ó siete días antes de la fiesta de Pascua; y se retiró á la casa de su parienta María, madre de Marcos, desde la cual fué testigo del triunfo super-

ficial y pasagero en que fué recibido el Salvador cuando entró en Jerusalem. La mas triste y horrorosa tragedia debia suceder al vivo entusiasmo con que aquel pueblo celebraba la entrada de Jesucristo: y por lo mismo el grito de *Hossanna* que resonaba por toda la ciudad, aumentaba la afiecion de María, bien lejos de inundarla de satisfaccion; porque sabia que pronto aquellas exclamaciones de amor y de respeto se cambiarian en gritos de ódio y de execracion.

Se puede imaginar, cuál seria la amargura de su alma cuando supo que su divino hijo habia sido preso, y que se le conducia de tribunal en tribunal del modo mas vil é infame. Jamas madre alguna ha sentido tan intensamente los malos tratamientos que se hayan hecho experimentar al hijo mas estimado: toda la Iglesia reconoce que jamas ha ecsistido una madre tan afligida como María: topos los Santos Padres convienen en que ella sola padeció mas que todos los mártires juntos, por cuyo motivo se le ha dado el justo título de Reina de los Mártires, *Regina Martyrum*; y se ha asegurado que solo por un milagro pudo sobrevivir á la dolorosa é ignominiosa Pasion de su adorado Hijo. Y si la Virgen no dió paso al

guno para reclamar contra el conjunto de calumnias, de oprobios y de tormentos que pesaba sobre el buen Jesus, fué porque ofreciéndolo ella misma al eterno Padre en calidad de víctima en el dia de su presentacion en el Templo, consintió, por decirlo así, en su muerte para la salud de los hombres: y esta consideracion fué la que la obligó á guardar un profundo silencio durante todo el curso de la passion. Aun hizo mas: pues animada de un valor sobrenatural y superior á sus fuerzas, quiso acompañarle al Calvario, y asistir á su muerte al pié de la cruz, segun los impenetrables designios de la divina Providencia. ¡Cuánto debió costar este sacrificio á la Virgen Santísima! Todo lo que la crueldad de los verdugos ha hecho sufrir á los cuerpos de los mártires, debe ser reputado por nada, exclamaba San Anselmo, comparado con el acerbo tormento que sufrió María en el acto de la muerte de su amado hijo en el Calvario. Los mártires, dice San Gerónimo, han sido tales teniendo la satisfaccion de morir por Jesucristo; pero María lo fué con dolor sin mezela de satisfaccion muriendo con Jesucristo, ó, por decirlo mejor, sobreviviendo á Jesucristo; porque es cierto, continúa el mismo santo, que María amó mas á su hi-

jo que todas las otras madres; y por lo mismo experimentó un dolor incomparablemente mas acerbo viéndole sufrir, hasta el punto que penetró á lo mas íntimo de su alma. En los mártires, dice San Bernardo, el grande amor que tenían á Dios endulzaba la pena que les causaban los tormentos; mas el amor extraordinario que la Virgen Santísima tenía á su amado hijo era precisamente lo que hacia su martirio: y la pasion dolorosa del hijo fué en todas sus circunstancias la pasion dolorosa de la madre.

La sola vista de Jesucristo clavado en la Cruz, hacia el consuelo de todos los mártires; pero con respecto á María, este triste objeto hacia mayor su tormento. Jesucristo consolaba, y aun inundaba de una alegría interior á sus mártires en medio de los mayores suplicios; y hasta suspendia muy á menudo en favor de los mismos la actividad del fuego en los hornos encendidos y en las calderas de plomo derretido. Pero en órden á la Virgen Santísima, Jesucristo sufriendo y muriendo, lejos de apartar de ella el cáliz de amargura, la hace participar de él, haciéndola sentir en el alma los dolores que él padece en el cuerpo. El Divino Redentor, dice San Bernardo, es para su ma-

dre un mar de afliccion, en el cual se anega su angustiado corazon. *Juxta magnitudinem amoris erat vis doloris; gravius passa est mente, quam martyres carne.* “Juzgad, dice “este santo doctor, de la grandeza de su dolor “por la grandeza de su amor. Ella sola ha pa- “decido mas en su alma, que no han sufrido “en sus cuerpos todos los mártires juntos.” Y ciertamente, asegura San Bernardino de Sena, fué tan intenso, tan vivo y tan extraordinario el dolor de María viendo espirar á su amado hijo en la Cruz; que si lo hubiese podido repartir entre todas las criaturas capaces de sentimiento, no hubiera habido una sola que no hubiese muerto á la fuerza de la porcion que le hubiese tocado: *tantus fuit dolor Virginis, quod si inter omnes creaturas, quæ dolorem pati possunt, divideretur, omnes simul interirent.* El amor tierno y compasivo, dice Arnaldo de Chartres, hacia en el alma de María lo que los clavos, los azotes, las espinas y la lanza hacian en el adorable cuerpo de su hijo: *quod in carne Christi agebant clavi, et lancea, hoc in Virginis mente agebat naturalis affectus et materna angustia.* Vuestro hijo, Virgen Santísima, esclama San Buenaventura, ha padecido en su cuerpo, y vos en vuestra alma, pe-

ro todas esas llagas esparcidas en los varios miembros de su cuerpo se hallaban reunidas en vuestro corazon: *Singula vulnera per ejus corpus sparsa, in corde tuo sunt unita.* Es, pues, bien cierto, ó bienaventurada Virgen, concluye San Bernardo, que vuestra alma ha sido verdaderamente traspasada de dolor: *Verē tuam ipsius animam doloris gladius pertransivit.*

En atencion á que la Virgen María ha padecido por la salud de los hombres ese doloroso martirio, al cual se le ha dado justamente el nombre de pasion; de ahí es que todos los fieles han procurado siempre honrar con particular devocion esta pasion de la Virgen, bajo el título de Nuestra Señora de la Piedad, ó de la compasion de la Virgen Santísima, ó de Nuestra Señora de los siete Dolores. La Silla apostólica ha aprobado el oficio y la fiesta: por cuyo motivo trataremos otra vez este punto en el día que se celebra por la Iglesia, que es el viénes de la quinta semana de cuaresma.

EJEMPLO VII.

(*Sacrificio heróico de una madre en favor del asesino de su hijo, hecho en memoria de los padecimientos de María.*)

Una dama que no tenia mas que un hijo, supo que

éste habia sido muerto, y que el asesino se habia refugiado por acaso en su propio palacio. Esta madre afligida, acordándose que María habia perdonado á los verdugos de Jesus, quiso perdonar al desgraciado matador de su hijo, en honor de los dolores de María. Y no solo le perdonó, sino que tambien le proveyó de caballo, de dinero y de vestido, á fin de que pudiese escaparse mas fácilmente de la persecucion de la justicia. Despues de un acto tan generoso, se le apareció su hijo, y la aseguró que se habia salvado, y que en consideracion á la conducta que ella habia observado con el asesino, la Madre de Dios le habia librado del purgatorio, en donde habria tenido que padecer por largo tiempo. (Sacado de un libro intitulado: *Secretos para obtener toda suerte de gracias.*)

PRACTICA VII, EN HONOR DE MARIA.

(*De Santa Coleta.*)

Compadeced á la Virgen Santísima en los dolores que padeció con motivo de la pasion de su hijo. ¿Y cómo podrá decir que ama á María el que no la compadece en su dolor? La Virgen Santísima, hablando á Santa Brígida, se quejaba del corto número de cristianos que la amasen cordialmente, en atencion á que eran muy pocos los que la compadecian en sus dolores. Santa Coleta se ejercitaba muy á menudo en esta práctica de piedad.

ORACION II, A LA VIRGEN SANTISIMA.

(*De San Bernardo.*)

¡Oh María! Vos sois en realidad la muger fuerte,

102

ANUARIO DE MARIA.

en la cual el Señor ha hallado su reposo, y á quien ha hecho depositaria de todos sus tesoros. Todo el mundo honra vuestro casto seno, como el verdadero templo de Dios, en donde ha tenido principio la salud del linage humano, y en donde se ha concertado la reconciliacion entre Dios y los hombres. Vos sois el huerto cerrado donde el pecado no ha podido penetrar para devastarlo. Vos sois el hermoso jardin en donde Dios ha producido todas las flores que adornan su Iglesia, entre las que sobresalen la violeta de vuestra humildad y la rosa de vuestra caridad. ¡Oh Madre de gracia y de bondad! ¿A quién podremos compararos? Vos sois el paraíso de Dios: de vos sale la fuente de agua viva que riega la tierra. Mas sobre todo, ¿cuántos beneficios no ha recibido el mundo despues que con vuestros dolores merecisteis en el Calvario ser el acueducto saludable de todo el género humano? Haced que lleguen hasta nosotros los felices efectos de vuestra influencia, á fin de que, lavados en sus puras aguas, podamos algun dia ser introducidos en el reino eterno, en donde no tiene entrada la mas leve mancha. Amen.

EXERCICIO VIII.

PARA EL DOMINGO SESTO DESPUES DE LA EPIFANIA.



INSTRUCCION OCTAVA.—LA VIRGEN SANTISIMA EN EL
CALVARIO.

*Fili mi, fili mi, quis mihi tribunt
ut ego moriar pro te.*

Hijo mio, hijo mio, ¡ojalá que me
fuese permitido morir por tí! (2
Reg. cap. 18, v. 33.)

SE acercaban los momentos de la pasion de Jesucristo, y los ojos de María estaban de continuo bañados en lágrimas, no pudiendo apartar de su imaginacion á su hijo amadísimo, al cual iba á perder en esta vida. Un sudor frio se desprendia de todos sus miembros á la sola consideracion del cruel espectáculo de dolor que miraba cercano. Y habiendo por fin llegado el día, el buen Jesus se despidió de su angustiada madre para ir á la muerte. Los dis-

cípulos del Salvador acudian uno tras otro á María afligida para hacerla sabedora de lo que pasaba; pero todas las noticias que le daban de su divino Maestro eran á cual mas alarmantes; y la Virgen no oía una sola palabra de consuelo. El uno le anunciaba los malos tratamientos que Jesus habia sufrido en casa de Caifás: el otro los escarnios que habia tenido que aguantar en casa de Herodes. Despues que se le habian contado todos los tormentos que se hacian padecer al Redentor, San Juan fué el que hizo saber á María que Pilatos le habia condenado á morir en una Cruz, al propio tiempo que reconocia su inocencia. "Ah madre desafortunada! le dice San Juan, vuestro hijo acaba de ser condenado á muerte, y ha salido ya llevando su Cruz acuestas, dirigiéndose al Calvario. Daos prisa, si quereis verle y decirle el último adios, saliéndole al encuentro en el camino por donde ha de pasar."

María parte inmediatamente con San Juan, y el rastro de la sangre le indica el camino por donde ha pasado su hijo. ¡Cuántas palabras injuriosas ofenden sus oídos! ¡Cuántos insultos tiene que sufrir! Pero su dolor llega al colmo cuando repara los clavos, el martillo, las

cuerdas y todos los instrumentos de la muerte mas ignominiosa. El pregonero que publicaba á son de trompeta la injusta sentencia dada contra Jesus, los verdugos que le seguian, el pueblo que corria atropelladamente de todas partes, eran otros tantos objetos de horror que despedazaban el corazon de tan buena madre. Fija por fin su vista sobre un hombre todo cubierto de sangre, y cuyo cuerpo no presenta sino una llaga que se estiende desde los piés hasta la cabeza, coronado de espinas, y llevando en sus hombros una pesada Cruz. Le mira con atencion y apenas le conoce. Las heridas, las contusiones, los cardenales y la sangre de que está cubierto, le hacen semejante á un leproso. Solo su tierno amor puede hacerle descubrir en esa imágen desfigurada y ensangrentada *el mas hermoso de los hijos de los hombres*. ¡Cuán poderoso seria en esta ocasion, dice San Pedro de Alcántara, el amor y el temor que combatian el afligido corazon de María! Por una parte deseaba mirar á su hijo; por otra no se atrevia á poner los ojos sobre una imágen tan digna de lástima. Jesus apartó de sus ojos un grumo de sangre que se los ofuscaba, miró á su madre y la madre miró á su hijo: miradas dolorosas, que á manera de flechas agudas atra-

vesaron sus dos almas tan íntimamente unidas entre sí. Cuando Margarita, hija de Tomás Moro, encontró á su padre que se le conducia al suplicio, solo pudo decirle estas palabras: *Oh padre mio, padre mio*; y al momento se desmayó á sus piés. María, á la presencia del divino Jesus cuando se le llevaba al Calvario, no se desmayó, porque no convenia que perdiese el uso de la razon, dice Suarez: no murió, porque Dios la reservaba para que fuese víctima de un dolor mas acerbo; pero no muriendo padeció una afliccion cruel capaz de causarle mil muertes.

María quiso abrazar á su hijo, y los soldados la rechazaron. ¡Virgen Santa! ¿Adonde vais? ¿al Calvario? ¿Y tendreis serenidad y valor para ver clavar en la Cruz al que es vuestra vida? Mas aunque el triste espectáculo de la muerte de Jesus debía causar á su madre el mas terrible de todos los dolores, María no quiso abandonarle. El hijo va adelante; y la madre le sigue para ser crucificada con él. Compadecemos sus dolores; y procuremos acompañar á la Virgen Santísima y á su hijo, llevando con paciencia la cruz que el Señor se digne enviarnos.

Luego que nuestro divino Salvador hubo lle-

gado al lugar del suplicio, los verdugos lo desnudaron de sus vestiduras, y clavaron sus adorables piés y manos en la Cruz; y luego de haberle crucificado se retiraron abandonándole á la muerte. Los verdugos se retiran; pero María no le abandona: al contrario: despejado el lugar, se arrima á la Cruz para asistir mas de cerca á su muerte. ¿Por qué, oh reina mia, esclama San Buenaventura, por qué asistis al Calvario para ver morir á vuestro hijo amadísimo? ¿No debia deteneros el temor de la ignominia que iba á caer sobre vos, porque el oprobio de vuestro hijo era vuestro oprobio? ¿Ver á Dios crucificado por sus propias criaturas! ¿No debia retraeros de presenciar aquel espectáculo el horror de tan enorme crimen? Vos olvidais vuestro propio dolor para no pensar sino en la muerte del hijo de vuestras entrañas: vos quereis hallaros presente para condoleros de sus males. ¡Ah verdadera madre! Nada, ni aun el temor y los horrores de la muerte, nada ha podido separaros de vuestro hijo amantísimo. ¡Qué espectáculo tan cruel! ¿Ver á ese hijo tan amado de su madre, en la mas penosa agonía que sufre clavado en la Cruz; y ver debajo de la misma Cruz á la madre agonizante que padece las mismas angustias que su hijo!

En efecto todas las penas de Jesucristo eran otras tantas heridas que atravesaban el corazón afligido de María. Había, dice San Juan Crisóstomo, sobre el Calvario dos altares en los cuales se consumaban dos grandes sacrificios, el uno en el cuerpo de Jesucristo, y el otro en el corazón de María: ó mas bien, no había sino un solo altar, que era la Cruz del hijo, en la cual se inmolvaban dos víctimas á un mismo tiempo, el hijo y la madre. ¡Oh María! ¿En dónde estais? ¿acaso cerca de la Cruz? ¡Oh! Mejor diremos que os hallais en la misma Cruz para sacrificaros juntamente con vuestro hijo.

Las madres ordinariamente procuran evitar la presencia de sus hijos moribundos; mas si alguna vez una madre se vé obligada á asistir á un hijo en los últimos instantes de su vida, le procura todos los alivios posibles, le ofrece todo lo que puede calmar su dolor. Mas vos, oh María, la mas afligida de las madres, vos asistís á vuestro hijo moribundo, sin poderle ofrecer el menor consuelo. María oye á su hijo clamar que tiene sed; y no le es permitido proporcionarle un poco de agua para apagarla. *Hijo mio, le dice, no tengo mas agua que las lágrimas de mis ojos: estas son las palabras que San Vicente Ferrer pone en boca de Ma-*

EJERCICIO VIII.

109

ría: *Fili, non habeo nisi aquam lacrymarum.* La Virgen veía que su hijo detenido por los clavos en el lecho de la Cruz no tenía un instante de sosiego: hubiera querido á lo menos abrazarle: mas en vano le tendía sus brazos, dice San Bernardo.

Hubo todavía de aumentarse la acerbidad del dolor de María, cuando oyó al Salvador que desde la Cruz se lamentaba de que su Padre le había abandonado. La Virgen no podía proporcionarle el mas mínimo consuelo; y los padecimientos de la madre no podían menos de aumentar las penas de su hijo. Porque Jesus mas padecía de lástima que tenía al ver sufrir á su madre, que por el dolor de sus propios tormentos, y así se verificaba que María vivía en una muerte continua sin poder morir jamas.

Parece cosa digna de asombro que en medio de tan profundo dolor no se le escapase á María una sola palabra de queja, ni una sola señal de impaciencia. En verdad la Virgen no hablaba; mas ¡cuánta fuerza tiene su silencio para espresar la cruel amargura que inundaba su alma! Su corazón ofrecía su hijo á la divina justicia por nuestra salud: y por el mérito de sus dolores cooperó á hacernos renacer á la vida de la gracia, siendo nosotros los ver-

daderos hijos de su mismo dolor. Esta consideracion fue lo único que le proporcionaba un ligero consuelo en el mar de tristeza en que se hallaba sumergida, sabiendo que sus dolores contribuian á nuestra eterna salvacion. En efecto: así lo quiso el divino Salvador, siendo la grande prenda de su amor hácia nosotros las últimas palabras que pronunció desde la Cruz dándonos á María por madre, y declarándonos en la persona de San Juan por hijos de la misma. Y desde entonces comenzó María á hacer en favor nuestro todos los oficios de una buena madre: á sus súplicas se debió el que el buen ladron se convirtiese y se salvase y llena de amor hácia nosotros no ha cesado ni cesará jamas de contribuir á nuestra salud eterna.

EJEMPLO VIII.

(La devocion á los Dolores de María es una prenda de nuestra salvacion.)

Un gran señor abandonado á una vida depravada, se habia entregado al demonio, y le habia servido durante sesenta años. Hallándose cercano á la muerte, Jesucristo, queriendo tener misericordia de él, mandó á Santa Brígida que dijese á su confesor que fuese á visitar al enfermo, y lo exhortase á confesarse. Cumplió el sacerdote, y respondió el enfermo

que no tenia necesidad de confesion. El confesor repitió las visitas, y el enfermo continuó en despedirle con ciega resistencia. Al cabo le declaró el confesor la revelacion de la santa, y le anunció que el Señor queria perdonarle. Al oír esto, se enterneció el enfermo, y derramando lágrimas, exclamó: ¿Mas cómo puedo yo salvarme despues de sesenta años que estoy sirviendo al demonio, de quien me constituí esclavo, habiéndome hecho al mismo tiempo reo de innumerables pecados? Hijo mio, le respondió el sacerdote, ten fé y confianza; yo te prometo y aseguro el perdón de parte del mismo Dios, con tal que te arrepientas con sinceridad y con dolor. El enfermo comenzó á abrir los ojos á la luz de la divina gracia, y dijo al confesor: Padre, en verdad yo me consideraba ya condenado, y desconfiaba de mi salvacion; mas al presente experimento tan gran dolor de mis pecados, que me llena de la mas dulce confianza: por lo que, ya que Dios no ha resuelto abandonarme, deseo confesarme cuanto antes. En efecto, en el mismo dia se confesó cuatro veces, con un dolor vehemente, que salia de lo mas íntimo de su corazon: al dia siguiente recibió el sagrado Viático, y al cabo de seis dias murió con el mayor contento y resignacion. Despues de su muerte, declaró Jesucristo á Santa Brígida que aquel pecador se hallaba en el purgatorio, y que se habia salvado por la intercesion de la Virgen Santísima, porque en medio de sus desórdenes habia conservado siempre la devocion á los Dolores de María, moviéndose á compasion todas las veces que pensaba en ellos. (*Obras de Santa Brígida.*)

PRACTICA VIII, EN HONOR DE MARIA.

(De San Bernardo,)

El gran devoto de María, San Bernardo, practicó toda suerte de devociones hácia la Virgen Santísima; pero era particular la que tenía á sus Dolores, á cuyo solo recuerdo no podía contener las lágrimas. Esta práctica saludable fué la que le mereció tantas gracias y señalados favores como leemos en la vida del mismo santo.

ORACION VIII, A LA VIRGEN SANTISIMA.

(De San Alfonso Ligorio.)

¡Oh Madre de dolor! ¡Reina de los mártires y de los sufrimientos! Vos sois la que habeis llorado con lágrimas amargas á vuestro hijo, muerto por mi salud. Mas ¿de qué me servirán vuestras lágrimas si tengo la desgracia de condenarme? Alcanzadme, pues, por el mérito de vuestros dolores, un sincero arrepentimiento de mis pecados, y una verdadera mudanza de vida, á la cual acompañe un tierno sentimiento por los sufrimientos de Jesucristo y por los vuestros. Ya que Jesus y vos, siendo inocentes, habeis padecido tanto por mí, haced que yo, que por mis pecados he merecido el infierno, padezca tambien algunos trabajos por vuestro amor. ¡Oh mi divina madre! Por la afliccion que experimentásteis viendo á vuestro hijo bajar la cabeza y espirar en la Cruz, os

EJERCICIO VIII.

suplico que me alcanceis una buena muerte. ¡Ah! no dejeis de asistir en aquel terrible trance á mi alma afligida, combatida por los enemigos que la rodean. Tal vez en aquella ocasion no me será posible invocar los dulces nombres de Jesus y de Maria: por eso los invoco ahora para entonces, y os ruego una y mil veces, ¡oh santo objeto de mis esperanzas! que me ayudeis en los últimos momentos de mi vida. Amen.